

laCuerda

miradas feministas de la realidad

Año XXII No. 226

Guatemala, diciembre-enero 2021



VAMOS TODAS

De qué nos agarramos

Para sobrevivir a un naufragio, es bueno tener algo a qué asirse para flotar. Ahogarse es una metáfora que se aplica al sentimiento de asfixia que provoca vivir en un país donde la violencia -en todas sus manifestaciones y niveles- nos agobia cotidianamente. Soñar con mejores condiciones para crecer y desarrollarse, deseo que no se extingue aún en este entorno hostil, es lo que lleva a miles de personas a buscar la salida que, desde aquí, parece estar en otra parte.

Inmersas como estamos en una cultura de corrupción cuyos rasgos son el engaño, la competencia desleal, el enriquecimiento propio, la mediocridad y el machismo, la violencia, entre otras desgracias, nos urge encontrar cómo enfrentar esa avalancha que puede llevarnos a un desastre inimaginable. Día a día encaramos problemas que tienen solución y eso es frustrante, topar con la falta de voluntad y capacidad de un gobierno sinvergüenza.

La historia nos ha enseñado que juntas las mujeres hemos movido al mundo. Entre feministas, la reflexión que proviene de las experiencias ha sentado las bases para ir delineando propuestas de emancipación de las opresiones y de construcción de bienestar, justicia y armonía. Es decir, juntas, asumiendo la pluralidad que somos, con la luz de las ancestras, estamos en la construcción de un sentido de vida cuyo fin es el bienestar.

Hemos observado cómo el pacto de corruptos recurre a dios y a los ensalmos religiosos para justificar sus fechorías. Le dan un tinte sagrado a crímenes contra la población, como el desfalco del Estado, violando el principio de laicidad y encubriéndose con una ideología de la hipocresía. Aunque a algunas personas, la religión les parezca ser el madero al que aferrarse, tarde o temprano se vuelve un ancla que impide avanzar. El silencio de ministros, pastores y sacerdotes en torno a la tragedia de las mujeres es un gesto ominoso que los pinta de cuerpo entero.

Para no sucumbir en este sistema destructivo, las mujeres contamos con un surtido instrumental de alta calidad que nos permite constituirnos en sujetas políticas, es decir en Sujetas de Dignidad que deciden sobre sus vidas, y apoyan a las demás a liberarse de las opresiones; sujetas que se incorporan a la multitud plural, diversa y responsable de trabajar por la Guatemala que soñamos. La gente puesta de acuerdo es la que puede resolver sus problemas.

Las feministas, en nuestro afán de derribar las estructuras patriarcales del sistema capital-colonialista, continuamos aportando en la construcción de una cultura que nos libere, a través de nombrarnos y reconocernos personal y mutuamente como personas completas, como parte de un entorno del que dependemos, y como integrantes de comunidades políticas, organizadas para la búsqueda del bien común.

Acuerparnos, acompañarnos, hacernos compañeras de lucha, de logros, de procesos, de alegrías, eso es lo que nos ayuda a sobrevivir. A veces cuesta, porque arrastramos lastres de misoginia y prejuicios que nos confrontan. Pero con trescientos años de historia recorridos, sabemos que las feministas hemos atravesado hasta los puentes más angostos.

¿Será mucho pedir?

No pasa el día sin que sepamos de un caso de violencia sexual contra niñas, adolescentes y mujeres: Una mujer que fue a visitar a un “amigo”, quien la drogó y violó; un padre que violó a su hija; una trabajadora que se subió a un taxi y el chofer la desvió de su ruta y la violó; una adolescente de 15 años que aceptó verse en un parque con otro adolescente y éste, mediante engaños, la subió a su auto y la violó.

¿Cuántos casos así se producen diariamente en el país? De acuerdo con los datos que provee el Observatorio de las Mujeres del Ministerio Público, en los dos primeros meses del año 2021 fueron mil 133 denuncias por violación sexual y 593 casos denunciados por agresión sexual. Aproximadamente 29 casos diarios denunciados. Veintinueve vidas vulneradas, veintinueve violadores y acosadores que caminan entre nosotras, que asisten a los mismos lugares que nosotras, que delinquen a plena luz del día con la complicidad del Estado y los altísimos índices de impunidad, más el silencio cómplice de la sociedad.

Y si no es silencio, es colocar el peso de la responsabilidad sobre las mujeres: “¿por qué se subieron a su auto?”, “¿por qué fueron solas a verse con un hombre?”, “¿por qué se suben a taxis de desconocidos?”. Rara vez se condena enfáticamente las acciones de quienes violan, o se exige con ahínco al Estado que garantice la vida y seguridad de las mujeres.

Las instituciones del Estado que deben recibir las denuncias y dar seguimiento a las víctimas de violencia sexual, no cumplen a cabalidad con los protocolos. No se informa de manera correcta la ruta que se debe seguir, no entregan el kit de emergencias, no dan seguimiento terapéutico adecuado y la mayor parte de los casos de violencia sexual permanece en la impunidad o los procesos penales son tan largos que cuando finalmente se obtiene sentencia condenatoria, ya no cumple con la labor reparadora que se supone la justicia debe conseguir.

Las altas cifras y la omisión del Estado al respecto, no nos permiten vivir seguras, ya sea en nuestras casas o caminando por las calles, yendo a trabajar, a estudiar o a lugares de esparcimiento. Lo que demandamos es seguridad y justicia, lo que seguiremos exigiendo con tenacidad, creatividad y vehemencia es que dejen de agredirnos y violarnos sexualmente, ¿será mucho pedir?, ¿de qué otra forma lo tendremos que exigir? No más violencia sexual contra niñas, adolescentes y mujeres.



en Portada

Mercedes Cabrera



CONSEJO EDITORIAL:

Paula del Cid Vargas, Anamaría Cofiño K., Andrea Carrillo Samayoa, Lucía Escobar, María Dolores Marroquín, Ana Silvia Monzón, Anabella Acevedo, Maya Varinia Alvarado Chávez, María José Rosales, Rosa Chávez, Ana Lorena Carrillo Padilla, Mercedes Cabrera, Lily Muñoz, Silvia Trujillo, Verónica Sajbín Velásquez, Melissa Cardoza y Rosario Orellana.

AGRADECEMOS LA COLABORACIÓN

EN ESTE NÚMERO:
Asier Vera, María Jossé España y Sandra Moran.

EDITORAS:

Anamaría Cofiño K. y Andrea Carrillo Samayoa

REPORTERAS:

Rosario Orellana

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:

Mercedes Cabrera

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Asociación La Cuerda, Angélica Zapeta, Bety Guerra y Francisco Mendoza

PRODUCE Y DISTRIBUYE:

Asociación La Cuerda.
3a. Calle 5-35 Zona 2.
Ciudad de Guatemala 01002.
Telefax: (502) 2232-8873.
Correo: lacuerdaguatemala@gmail.com
internet: www.lacuerdaguatemala.org
www.lacuerda.gt
f LaCuerda Guatemala

SUSCRIPCIÓN: 11 números al año. Q.300.00
El tiraje de esta edición es de 20,000 ejemplares.

Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. Está permitida, tolerada y estimulada la reproducción de los contenidos ¡siempre y cuando nos citen!

La publicación y distribución de laCuerda son posibles gracias al apoyo de:



Feminismos populares, feminismos en revolución



Los feminismos populares van amasándose así a fuego lento, por manos de mujeres trabajadoras. Manos que hacen cunas y acunan, siembran, cocinan, martillan, cultivan, escriben, acarician, pintan, bordan, limpian, curan, sostienen, empujan, juegan. Nuestros pies pisan sobre las huellas dibujadas en la tierra por nuestras ancestras, y otras veces inventan atajos.

Claudia Korol educadora comunitaria, comunicadora, feminista popular

Silvia L. Trujillo/ laCuerda

Decía **Alejandra Kolontai** que no era suficiente con que las mujeres estuvieran oprimidas para querer cambiar las cosas, ellas tenían que ser conscientes de dicha opresión para que comenzara el cambio. La acción partiría de su práctica cotidiana, de la constatación permanente de su sufrimiento y la impotencia que les generaría la necesidad de querer cambiar las cosas y chocar con el sistema patriarcal capitalista que obstinadamente se los negaría.

De esa toma de consciencia que partió de la sobrevivencia cotidiana, de la negación sistemática de oportunidades, de la constatación en el cuerpo del significado de las relaciones de poder, nació la lucha de las feministas populares en la América Latina de los años setenta y ochenta del siglo pasado. Herederas de las luchas emancipatorias contra las dictaduras y de resistencia previas, las feministas populares nacieron de la organización y reflexión de mujeres obreras, de organizaciones barriales, territoriales, que comenzaron a juntarse y a poner en evidencia sus problemas comunes, a darse cuenta que su agenda incluía necesidades que no se habían puesto en la agenda feminista, o al menos, no con la contundencia necesaria y, al hacerlo, evidenciaron que ciertas vertientes del feminismo, hegemónicas hasta ese momento en Abya Yala, no habían asumido como propios los puntos de vista de mujeres por cuyos cuerpos se atravesaban distintas opresiones de género, etnia y clase.

Con estas características emergió entre los movimientos de base de Brasil, México, Ecuador, Chile y se extendió posteriormente a otros países de la región. De manera tal que el apellido “popular” en aquel contexto remitía a interpretarlo como un cambio social radical que iban a lograr las mujeres de los sectores empobrecidos en lucha codo a codo con los pueblos. Justamente por su diversidad y multiplicidad de expresiones, así como por la forma contemporánea de entenderlo, **Janet Conway** y **Nathalie Lebon** afirman que “el feminismo popular es un término nebuloso”.

Los feminismos populares contemporáneos

En la actualidad, esta identificación ha cambiado su significado. **Conway** y **Lebon** explican que “en el uso contemporáneo el feminismo popular es más a menudo un descriptor genérico para denotar la presencia de conciencia y activismo de género, fundamentado en ‘sectores populares’ y que se expresa en ‘movimientos populares’, invisibilizando de esta forma tanto sus genealogías como sus tensiones en relación con la izquierda latinoamericana”.

Dado este carácter, los feminismos populares están compuestos generalmente por mujeres empobrecidas y racializadas que proponen un repertorio de demandas más amplio que el de los feminismos que identifican como homogeneizante.

En Argentina, por ejemplo, a la luz de los movimientos de resistencia de 2001 y 2002 contra las políticas de ajuste neoliberal, una corriente del feminismo popular (re) surgió. Se nutrieron de sus propias experiencias, así como de las feministas indígenas de los pueblos del Abya Yala, de las feministas comunitarias de Guatemala y Bolivia, las feministas campesinas, las feministas negras, las feministas socialistas y de quienes desafían la heteronormatividad. Entre todas

aprendieron que la lucha contra el patriarcado no lo resolvía todo, que se imbrica con el anticapitalismo y con la descolonización de los seres, sus prácticas y formas de entender el mundo.

“Nosotras poníamos el cuerpo en todas las ollas populares, los comedores, las huertas, pero a la hora de elegir quiénes nos representaban, eran los varones”, narra **Claudia Korol** para explicar cómo este feminismo (re)nació de las militancias previas, de las mujeres piqueteras que en la crisis de 2001 ayudaron a paliar el hambre de miles de personas, de las entrañas de los movimientos sociales y populares de Argentina, en los cuales tuvieron necesidad de construir sus propios espacios de discusión para hacer visible lo que las afectaba de forma específica.

“Se trata de colectivas feministas, espacios de mujeres y/o LGTTBI, que en algunos casos son parte de organizaciones mixtas, en otros no, pero que coinciden en la necesidad de no establecer jerarquías entre las distintas opresiones, y eluden caracterizar las luchas entre «principales» y «secundarias» -como las clasificaba la izquierda tradicional-, para organizar sus acciones”, explica **Korol**. Agrega que son “feminismos en revolución” porque cuestionan de raíz “las revoluciones ganadas y perdidas”, ponen en cuestión -desde adentro- las contradicciones de los movimientos, las comunidades y los espacios donde participan y de los cuales son parte. “Ser parte de movimientos populares mixtos nos ha creado tensiones que nos obligan a discutir una y otra vez los caminos para cambiar al mundo. Fuimos descubriendo cuánto de viejos tienen los «hombres nuevos», cuánto de patriarcales tienen nuestros feminismos, cuánta reproducción de opresiones hay en nuestras organizaciones revolucionarias”, enfatiza.

Al final, como explica **Tania Rodríguez**, politóloga y docente universitaria, coincidiendo y retomando el legado de **Kolontai**: “La rebelión del feminismo popular consiste en tomar conciencia del lugar en que las mujeres y cuerpos feminizados hemos sido colocados y actuar para subvertir ese orden dado, sin que ello suponga reproducir mediaciones patriarcales. No es un desplazamiento hacia el lugar del dominador... Esta rebelión es práctica reflexiva sobre las condiciones de opresión para hacerlas estallar a través de la interacción junto a las luchas del pueblo, para crear otras formas de ejercicio del poder”.

Fuentes consultadas:

- Acosta, Ana María. (s/f) Así llegué al feminismo popular y comunitario. Entrevista con Claudia Korol. En: <https://bit.ly/2MLkyyC>
- Conway, Janet y Lebon, Nathalie. (s/f) Feminismo(s) Popular(es): Pasados, Presentes y Futuros. En: <https://bit.ly/3sRiLaE>
- Kolontai, Alejandra. (2014) *Autobiografía de una mujer emancipada sexualmente y otros textos sobre el amor*. España. Librería horas y Horas la editorial.
- Korol, Claudia. (2016) *Feminismos populares. Las brujas necesarias en los tiempos de cólera*. En: <https://bit.ly/3e9pFUE>
- Rodríguez, Tania. (s/f) *Feminismos populares en América latina. La construcción de un nuevo sentido común*. En: <https://bit.ly/3uUIW1Y>

Sanación en tiempos de pandemia



Ilustración: Mercedes Cabrera

Lily Muñoz / Socióloga feminista

Hace casi un año ya, desde que la vida humana en el planeta se vio obligada a asumir transformaciones súbitas y vertiginosas, como nunca antes habíamos experimentado en la época histórica que nos tocó vivir. En un primer momento, el estupor se apoderó de nosotras y nos paralizó, ante el pavor y la incertidumbre infinita que se extendía en el ambiente, nublando nuestro horizonte personal y colectivo. Y es que nunca habíamos vivido una pandemia de dimensiones globales como la del Covid-19; si bien escuchamos alguna vez sobre la viruela o sobre la pandemia de la “gripe española”, para nosotras eran solo datos históricos, acontecimientos que vivieron nuestras ancestras y ancestros, pero nada más que historia.

No cabe duda de que, las mujeres hemos tenido diversas experiencias vitales durante la pandemia, pero siempre compartimos el piso común del sistema patriarcal que nos oprime, desde hace más de cinco mil años. Y el confinamiento colectivo obligatorio constituyó una suerte de laboratorio donde fue posible observar en todo su esplendor, la matriz de poder patriarcal que mantiene a la mayoría de mujeres en la subordinación, ante la implacable dominación masculina.

La peor de las pesadillas

Muchas mujeres vivieron la peor de sus pesadillas, viéndose obligadas a asumir la doble y hasta triple jornada, pero de manera simultánea y en un solo lugar. De pronto tuvieron que crear estaciones para el teletrabajo y estaciones para que sus hijas e hijos pudieran continuar sus estudios de manera virtual, pero con el acompañamiento y la supervisión de ellas, en sustitución de las y los maestros. Al mismo tiempo, tenían que realizar todas las tareas domésticas vinculadas a la reproducción de la vida del núcleo familiar (limpiar, lavar, cocinar, entre otras) y al cuidado de la vida de todas las personas que habitan en su casa (incluyendo bebés, gente de la tercera edad, personas con discapacidad, enfermas, etcétera).

Esto último adquirió una relevancia de primer orden, pues debido a la pandemia, fue necesario implementar las más estrictas medidas de bioseguridad en casa, para evitar que la familia se infectara,

además de velar por la salud mental de cada integrante del núcleo familiar. Con todo y eso, el temido virus se filtró en varias familias y las mujeres tuvieron que asumir el cuidado de las personas enfermas, aislándolas en cierta área de la casa, mientras implementaban todo tipo de estrategias para evitar que el resto de la familia se contagiara. Aun así, muchas tuvieron que enfrentarse a la impotencia y al dolor inconmensurable que provoca la muerte de seres amados de su entorno más inmediato.

Y claro, hasta aquí me he referido a las mujeres que tuvieron el privilegio de contar con un trabajo durante el confinamiento. Hubo muchísimas otras que no tuvieron ese “privilegio” y sufrieron los azotes del hambre y la pobreza, y tuvieron que sacar sus banderas blancas, ante el más absoluto abandono estatal, municipal y social. Por si fuera poco, las tormentas Eta e Iota llevaron a su máxima expresión la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban miles de mujeres y sus familias, en distintos lugares del país. Otras, sumidas en la total indefensión, vieron morir trágicamente a sus hijas o hijos, por desnutrición crónica.

Por eso no fue todo. En medio de la pandemia de Covid-19, otra pandemia avanzaba silenciosamente y a hurtadillas en los hogares: la pandemia de la violencia contra las mujeres, las adolescentes y las niñas (la pandemia “en la sombra” le ha llamado la ONU). Las cifras de denuncias por violencia contra la mujer, por violaciones sexuales, por femicidios, por desapariciones de mujeres y niñas, por violencia intrafamiliar, etcétera alcanzaron cifras sin precedentes, en Guatemala y en el resto del mundo, aun cuando sabemos que la mayoría de víctimas no denuncia, y menos en pleno confinamiento, sin condiciones, sin recursos y sin estrategias de atención claras y efectivas por parte del sistema de justicia, cada vez más indolente y tolerante ante el aberrante *continuum* de violencia que flagela sistemáticamente a las mujeres, las adolescentes y las niñas en el país.

La sanación, una metamorfosis

Afortunadamente, organizaciones como el Centro para la Acción Legal en Derechos Humanos (CALDH)

y la Asociación de Mujeres Mayas Kaqlá, dedicaron tiempo y recursos a impulsar un trabajo que resultó extremadamente estratégico para un grupo importante de mujeres residentes en la Costa Sur de Guatemala. Se trata de un proceso formativo que prepara a mujeres -que trabajan en organizaciones, colectivos o grupos de la sociedad civil- para convertirse en sanadoras que acompañarán a mujeres sobrevivientes de violencia en Escuintla, Retalhuleu y Suchitupéquez, ofreciéndoles atención primaria de salud, a nivel psicoemocional. La propuesta va más allá de la atención psicoemocional en su sentido más convencional, porque la sanación parte de una concepción holística de los seres humanos, considerando las distintas dimensiones que nos constituyen: mental, física, emocional y espiritual.

Otro aspecto inédito de la propuesta, consiste en que cualquier aspirante a sanadora, antes debe sanarse a sí misma, como requisito indispensable para apoyar a otras, en sus procesos. En consecuencia, durante el año 2020, las mujeres involucradas en el proceso formativo, trabajaron intensamente en la sanación de las emociones y los traumas que más les estaban afectando durante el confinamiento, debido a la agudización de sus problemáticas, en el contexto de la pandemia.

Sin duda, quienes participaron en esta primera fase del proceso tuvieron el privilegio de contar con un espacio para compartir con otras mujeres sus dolores y sus angustias existenciales más apremiantes y, sobre todo, pudieron sanar en lo más profundo de su ser, experimentando una metamorfosis que marcará un antes y un después en sus vidas. Ellas ya son sobrevivientes -del virus y de la violencia- y ahora se construyen como sujetas políticas, gracias a CALDH y a Kaqlá, que nunca sabrán con certeza, lo que su invaluable trabajo implicó para estas mujeres, en el año más desafiante de nuestra historia reciente. Ojalá se multipliquen estos procesos de sanación en nuestro país, como estrategia para la liberación interior y para la construcción del auténtico empoderamiento de las mujeres, lo cual conducirá irremisiblemente, a la eliminación del *continuum* de la violencia contra las mujeres y de las estructuras y relaciones de poder patriarcales que lo sostienen.

Otras san gres, otras maneras

Melissa Cardoza / Feminista

Y es que una crece entendiendo que la sangre menstrual no sólo es sucia sino mala, fea, incómoda y desafortunada. La colección de memorias en las que mancharse la ropa fue algo realmente amenazante o capaz de censurar placeres cotidianos es enorme. No negaremos que para algunas la menstruación es algo incómodo, doloroso y difícil. Para otras no, pero para no arar terrenos subjetivos, lo que es indudable es el enorme negocio que la menstruación representa para empresas dedicadas a la sanitización de la vida de las mujeres a quienes continuamente se nos pone en el lugar de las que algo tienen que esconder entre sus pliegues.

Todo tipo de argucias y dispositivos se han inventado para que la sangre menstrual y su arribo saludable sea vivida para las mujeres y para el resto como un hecho que provoca vergüenza e incomodidad. De ahí que el mercado se especialice en medicamentos, compresas, *sprays*, jabones, y todo lo necesario para visibilizar lo menos posible que este proceso hormonal y emocional suceda en las mujeres.

Hay muchos proyectos en el espectro de opciones feministas que se enfocan en abordar esta trama de elementos que es la menstruación. Muchas de ellas se dedican a contrarrestar el discurso de rechazo y negación, otras a mostrar las ventajas económicas que el mercado le saca al tema, y a proponer opciones para las que abandonan el consumo como postura ante la realidad.

Sangrar de otros modos

Hablar entre mujeres -especialmente si están iniciando una vida menstruante- sobre el significado de la menstruación y los cambios que provoca en el cuerpo y la subjetividad, es central en varios discursos feministas, desde su recuperación como espacio propio hasta la sacralización del flujo menstrual para curar traumas, abonar plantas y hacer rituales colectivos. Recuperar de los discursos más sanitarios y pulcros el de la menstruación como un hecho politizado desde la autonomía de las mujeres ha ganado mucho peso en las nuevas generaciones a quienes les significa más poder en la vivencia de su cuerpo. **Amalia**, una joven feminista hondureña afirma que saltar de las clases de su escuela a las discusiones entre feministas le ha hecho mucho bien, no sólo porque puede expresarse con otras de una manera libre, sino porque menstruar no sólo es un hecho fisiológico regido por un calendario, sino que significa socialmente muchas otras cosas y puede entenderlas si es que las habla. “Se nos enseña que es malo tener sexo con la menstruación o que es algo vergonzoso, pero para mí no sólo es muy placentero sino que me ayuda a relajar las tensiones del útero que me causan dolor”.

A la par de discursos negativos, existe una serie inacabable de productos que corresponden a los malestares

físicos, estéticos, sociales que se suponen junto a la menstruación, siempre que la mujer en cuestión tenga el dinero para acceder a ellos. Sólo para mencionar un elemento: hay portales de internet que se dedican a contar la cantidad de basura que produce la industria de las toallas o compresas femeninas, arrojando unos datos escalofrantes, tales, “Si cada compresa después de usada pesa 5 gramos, se producen 65 kg de basura al año solo en compresas higiénicas. En cuarenta años son 2 mil 600 kg de basura. O sea, que cada cien mujeres menstruantes producen 6 mil 500 kg de basura al año. En cuarenta años tiramos a la basura 260 toneladas de protección menstrual altamente contaminante y no degradable en nuestro medio ambiente. Recordemos que una compresa tarda en degradarse no 100 años, ni 200 años, sino 500 años”¹ Números más o menos, nos consta la cantidad de basura que producimos con cada menstruación y el impacto que tiene en el medio ambiente, y reconocemos la incomodidad de toallas hechas para todas las mujeres, como si nuestros cuerpos fueran los mismos. Dirán que la industria del petróleo contamina más que todo en el mundo, y sí, tienen razón.

Mujeres de antes nos cuentan cómo resolvían esta dificultad y nos hablan de paños hechos a mano, lavables y secables al sol, nos informan de sus remedios caseros contra el dolor y las molestias, y por supuesto, nos recuerdan que al ser un tema de mujeres es algo que debe ser “discreto” y muy personal.

En Honduras hay un proyecto interesante que recupera esta práctica de la toalla no reciclable, y que está sostenido por una activista que hace de su proyecto lo que denomina activismo menstruante, ella tiene, entre otras propuestas la de hacer autónoma, lejos de las corporaciones y lógicas monetarias, la elaboración y uso de toallas sanitarias cómodas, adecuadas a cada mujer, lavables y ecológicas.²

La mujer detrás de esta idea llamada *Aleras*, nombre con el que en Honduras también se le dice a las amigas, es una mujer negra llamada **Katto**, quien ha hecho una propuesta de economía personal y de conciencia sobre el cuerpo y la responsabilidad con la madre tierra en una fórmula muy asertiva y profundamente política. Una mirada feminista que soluciona directamente varios problemas de los cuales además ella habla en talleres y conversaciones.

Aleras es una propuesta consciente de uso de materiales sanos para las mujeres y la tierra, elimina el mercado de las toallas sanitarias, reconoce la menstruación como un poder negado, y circula información positiva en una mirada feminista sobre el cuerpo y la salud integral de las mujeres y las posibilidades artísticas y gozosas de la vida menstrual.

Otra ruta para hacer la vida feminista posible en cada día.

1. <https://bit.ly/2YIzMXI>
2. <https://bit.ly/3rnDxOC>



Derecho a la alimentación, realidad o utopía

Mariajosé Rosales Solano / Rochoch Tz'unün-Casa Colibrí

La producción de alimentos evoluciona y los sistemas de cultivo se perfeccionan según las experiencias y los cambios del ecosistema. En Guatemala, el abastecimiento de alimentos se debe a pequeños agricultores y la producción de autoconsumo. En algunos casos, las personas agricultoras han logrado sostener prácticas que vinculan la cotidianidad de generar los medios de vida con el respeto a la naturaleza. Sin embargo, entramos al 2021 con la preocupación de una crisis alimentaria –más profunda– por las consecuencias de la pandemia, las tormentas Eta e Iota y la política de despojo.

Hablemos de alimentación

Es necesario recordar lo difícil que es sostener el ciclo de la alimentación por los contextos de guerra, los despojos permanentes, la movilización forzada, y los cambios de clima (la sequía o las inundaciones). Según Naciones Unidas, la población mundial que vive con hambre es de 820 millones de personas (1 de cada 9); las mujeres y niñez son las más afectadas. En Guatemala, el 46.5 por ciento de la niñez se encuentra en condición de desnutrición crónica y, según estudios sobre pobreza, en 2017 había 3 millones de personas viviendo en pobreza extrema, es decir, sin posibilidad de generar los mínimos medios de vida.

En noviembre de 2020 entraron al territorio centroamericano las tormentas Eta e Iota, ocasionando desastres en territorios del centro, oriente y occidente de Guatemala. Los departamentos más afectados fueron Alta Verapaz, Huehuetenango, Quiché, Petén, Izabal, Zacapa y Chiquimula. Según datos oficiales, fueron más de dos millones de personas damnificadas, 311 mil evacuadas, 61 fallecidas y 99 desaparecidas. Estas tormentas dañaron especialmente viviendas, carreteras y siembras. Según el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Alimentación (MAGA), en doce departamentos se contabilizan daños en la agricultura de granos básicos, hortalizas y cultivos base para la industria. Son 204 mil 500 familias afectadas en relación con el autoconsumo y la comercialización agrícola.

La situación es grave. Como lo que sucede en Campur, Alta Verapaz, donde después de casi tres meses, finalmente baja el agua y la desolación golpea los cuerpos. En esta comunidad no existe acompañamiento, asesoría o trabajo institucional, entonces, nuevamente queda en las comunidades su resiliencia para sobrevivir.

A nivel comunitario, encontrar los medios de vida cotidianamente es de las tareas que ocupa la mayoría del tiempo: buscar la leña, abastecerse de agua, cuidar la siembra, y llevar a cabo los diferentes oficios para generar ingresos. En zonas urbanas, los medios de vida se compran. Según **Delfina Asig Bin**, mujer maya pocomchi', entre las condiciones de la pandemia y los huracanes, muchas personas perdieron empleos e ingresos derivados de la venta de comida, la comercialización de sus productos, etcétera; entonces, adquirir recursos monetarios será más difícil de lo que ya era antes de las tormentas.

Y ahora, ¿qué?

El panorama no pinta bien. Se agudiza la situación de empobrecimiento para la mayoría de las personas más golpeadas por la Covid, Iota y Eta, y no existe esperanza con la institucionalidad. Preocupaciones como la vivienda, la salud y la alimentación ocuparán los pensamientos en este período de limpieza y recuperación. En la actualidad se revisa cómo afectó a la producción de alimentos y sus ciclos, el estado de las cosechas para separar lo que se usará para el autoconsumo, la semilla y qué se tratará de comercializar.

En el territorio q'eqchi', en las áreas rurales, las familias producen para su sostenimiento maíz, fríjol, malanga, animales de patio; y cultivos para la venta: café, cardamomo, naranja y mandarinas, entre otros. Según

cuenta **Delfina**, de la cosecha se rescató poco, y en algunos casos, se priorizó el autoconsumo ante la comercialización. La poca cosecha significa el endeudamiento de muchas personas comerciantes. Adicionalmente, según los cálculos de **Delfina** la cosecha de frijol y maíz no cubrirá lo necesario, entonces “se tendrá que comprar”.

El área montañosa de occidente también se vio afectada. En Bulej, Huehuetenango se inundó toda la comunidad y algunas familias perdieron todo, específicamente las cosechas. Cuando regresaron a sus casas, a sus terrenos y sus siembras, estaban llenas de lodo o seguían inundadas, fue doloroso.

Prácticas comunitarias

Después de situaciones como éstas, hay quienes comparten alimentos y semillas para la próxima siembra. **Lucy Méndez**, mujer maya chuj,

relata: “es amoroso, nos invitaron a traer maíz, hicieron un ritual de agradecimiento por su cosecha, repartieron y compartieron su semilla de maíz, es para la abundancia hacia ellos y hacia nosotras.” **Gladys Tzul**, socióloga k'iche', ha sistematizado el ámbito de la reproducción de la vida y sostiene que lo comunal y el trabajo de las mujeres soluciona y sobrelleva situaciones difíciles desde hace siglos.

Delfina también comparte su análisis sobre cómo sobrellevar los próximos años con esta pérdida. Ella considera necesario diversificar los cultivos, dejar a un lado el monocultivo y la venta de la producción; regresar a sembrar “nuestra comida”. Con la diversificación es necesario cuidar el suelo, atender sus necesidades y velar por su fortalecimiento. A largo plazo, plantea continuar con la denuncia y la defensa de los territorios frente a los monocultivos y el robo de semillas. No todo lugar es recomendado para la vivienda, no en todo lugar es posible la siembra, comenta. Es preciso el análisis de las ubicaciones en las zonas de vivienda, revisar sus condiciones, estructuras y condiciones de los suelos.

Mientras tanto, **Lucy** afirma: “Nosotras no hemos perdido los rituales de cada inicio del año, porque vemos que la tierra vuelve a renacer” por eso, entre tanta incertidumbre, es necesario “estar conectadas con la naturaleza”. Agrega: “estamos esperando la meditación de los abuelos”, los cinco días de contemplación para que guíen el camino de este año que traerá tantas dificultades. ☞

Fuentes:

Noticias ONU. Más de 820 millones de personas pasan hambre y unos 2000 millones sufren su amenaza.

Informe de daños ocasionados por las depresiones tropicales Eta e Iota. MAGA. 2020.





Mujeres con *Pólvora* en el corazón

Lucía Escobar / Periodista

La directora **Camila Urrutia** y la productora **Inés Nofuentes** nos acercan al trabajo atrás de cámaras en *Pólvora en el Corazón*, una película guatemalteca dedicada “a todas las mujeres que han sido y son víctimas de violencia, y a las personas que luchan por erradicarla en todo ámbito”.

La historia se centra en la relación de **Claudia** y **María**, dos jóvenes que viven en la ciudad de Guatemala y que se enfrentan de una manera poco convencional a los peligros y violencia que sufren las mujeres. La cinta es protagonizada por **Andrea Henry** y **Vanesa Hernández**. La banda sonora original estuvo a cargo de **Paloma Peñarrubia**, el montaje, **Delia Márquez** y en el diseño sonoro participó **José Tomé**.

La pandemia mundial de Covid-19 y las restricciones que provocó, obligaron a cancelar las proyecciones en salas de cine aquí y España. Así que *Pólvora en Corazón* se estrenó mundialmente por Vimeo. Fue la película más vista de la colección especial Amazon Prime USA, durante el festival en línea SXSW virtual. Y también se vió en Noruega (Films from the South), España (Iberoamericano de Huelva), Reino Unido (Edinburgh Spanish Film Festival), Suiza (Pink Apple) y próximamente en Asia.

Contamos nuestras historias desde nuestras miradas

La película nació la semana que a **Camila** le robaron su carro con su computadora y equipo de filmación adentro. “Estaba muy frustrada y quería escribir algo para poder salir de Guatemala”, recuerda. La primera versión la escribió como en una semana. Luego trabajó el guion con la productora para darle forma, y realizó una residencia en Madrid con otros jóvenes cineastas iberoamericanos. “La idea era contar una buena historia con pocos recursos, los personajes son en esencia los mismos pero la historia cambió bastante. Se redujeron los personajes y locaciones”, comenta **Urrutia**, para quien el camino de guionista es solitario al principio porque hay que pensar mucho la estructura, la narrativa y los personajes. “Si quisiera un super poder sería escribir muchos guiones. Ser guionista implica poder escuchar, vivir y luego poder hacer una historia con todo lo que recolectas. Ser directora es más divertido. Involucra a más gente y empieza la co-creación.

Camila recuerda que la filmación fue intensa pero mágica. “Es muy cansando trabajar cuatro semanas, seis días a la semana por jornadas larguísimas. Descubrí que mi llamado es la dirección actuaral”. Las actrices fueron galardonadas en Huelva y en Guatemala por su actuación. “Me di cuenta de la importancia del guion y el *casting**, de organizarse mucho y tener aliadas”. Un reto para la directora sería lograr seguir formándose en escritura y poder ver más cine. Considera que urgen más historias de mujeres hechas por mujeres. Y cree que hacen falta más becas para mujeres que escriban guiones. “Amo estar en un rodaje, quisiera poder hacer eso todos los días de mi vida”.

Esta película supone un acto de resistencia

Pólvora en el Corazón es la cuarta película que **Inés Nofuentes** realiza en Guatemala. La productora y docente nacida en Málaga, considera que el rodaje fue uno de los mejores que ha tenido, “aún acompañada por un bebé. Me considero una productora creativa, desde el punto de vista del diseño del proyecto, hasta su ejecución y terminación. Cuando haces películas de este tamaño y con recursos limitados es imprescindible serlo. Es el armado de un *puzzle** que tienes que hacer viable y al mismo tiempo atractivo y fiel a tu concepción”, puntualiza. “Para nosotras era importante generar una obra que nos representara como mujeres y como cineastas. Esta película supone un acto de resistencia, el cual genera diálogo y reflexiones, un debate imprescindible para avanzar como sociedad”.

Nofuentes considera que pusieron mucho énfasis en el trabajo previo de la directora con las actrices y que eso se hizo patente en la pantalla. “**Camila** disfruta infinitamente la preparación actuaral y fue algo que quisimos potenciar, también por la complejidad de las escenas que las actrices debutantes tuvieron que interpretar”. Y concluye: “El equipo técnico de la película fue un sueño, fluyó de manera maravillosa, además había un entusiasmo general por formar parte de esta historia, que de algún modo veíamos como necesaria, por ausencia de referencias previas en el país”. **Inés Nofuentes** fundó la productora Curuxa Cinema y se ha desempeñado en diferentes ramas de la producción cinematográfica.

*reparto

*rompecabezas

Recuperando significados para la acción política

Maya Alvarado Chávez / laCuer-

Los conceptos que se cuelan en nuestra cotidianidad tienen una historia, vinculan experiencias humanas de diferentes momentos de las trayectorias personales, colectivas y como pueblos. Ningún concepto es inocente y no perseguimos purismos, y dado nuestro contexto territorial y global, y el intensificado y manipulado uso de conceptos como resistencia o violencia, consideramos necesario revisitarlos, y desde nuestro pensamiento y práctica feminista, colocar los contenidos que hoy tienen para nosotras, desde la recuperación de nuestras memorias, para los procesos que impulsamos y para los horizontes que compartimos con otras y otros.

De resistencias, rebeldías y otras posibilidades

Resistir es una acción de premonición del peligro que acecha las posibilidades de nuestra existencia y la de nuestros entornos, como pueblo o como parte del cosmos. Resistir es casi una acción intuitiva que nos reafirma en nuestro ser, nuestro cuerpo, nuestra autonomía y nuestro territorio.

Las resistencias desarrolladas a lo largo de los siglos, por los diferentes pueblos del mundo, hablan de su creatividad, imaginación, capacidad de desafío y voluntad de cambio. Resistir es el primer alto a la injusticia, y marca el punto de arranque para rebelarse y desarrollar nuestra capacidad, no solo de sobrevivir, sino de imaginar y construir un horizonte que recupere memorias y experiencias, para conocerlas y no repetir posibles errores.

Resistir en los diferentes contextos históricos ha estado vinculado a peligros y exposiciones. Y es que resistir habla de una voluntad que no alcanza a comprender a los responsables de los sistemas de dominación racista, colonial, heteropatriarcal y neoliberal. Por ello la resistencia ha sido, y sigue siendo, criminalizada, perseguida y castigada. No hablamos de una acción voluntariosa, requiere colocar el cuerpo, planificar, dar miradas de largo aliento, comprensión de proceso, elaboración de rutas para sostenerla y trascenderla sin olvidarla.

Muchas de las resistencias en las luchas feministas

están vinculadas a interpelar las lógicas que sustentan las maquinarias estatales de control social sobre los cuerpos, las energías y las emociones de las mujeres. Por ello es preciso develar las perversidades que se disfrazan de oraciones y falsas bendiciones. También están vinculadas a condenar la brutal violencia contra nosotras en los diferentes espacios; a reapropiarnos de ellos en lo íntimo, familiar, comunitario y lo público.

¿A qué nombramos violencia?

La violencia es efectivamente una acción de dominación, destrucción y aniquilación. Muchas veces se le comprende como una furia alejada de la capacidad humana de razonar. Incluso se le compara con acciones de bestialidad animal, cuando en realidad es una acción absolutamente humana, considerando que requiere una intencionalidad previa para dañar. En la lógica hegemónica, la violencia es una acción de la cual los Estados se reservan el “derecho” para vigilar, castigar y mantener el control social según sus intereses.

Además de esa violencia “legalizada” en los documentos fundantes del Estado, en lo estructural se han legitimado jerarquías con base en las sexualidades y el ejercicio autónomo de las mismas; la pluralidad de pueblos y condiciones sociales (edad, salud, discapacidades, lugar de residencia).

Esa jerarquización es violencia en sí, pero no se nombra, ni se condena, más bien se aprovecha para profundizarla a través de acciones de “beneficiencia”, “caridades” que no la cuestionan, y las intentan solventar con un mendrugo, si es que bien le va a la cada vez mayor población condenada a condiciones indignas de vida. Todo ello implica violencia y no se nombra como tal.

Existen otras perspectivas políticas que han reivindicado el uso de la violencia para la “defensa” frente a las injusticias, tal es el caso de las “Guerras de Liberación”. No es la ocasión para profundizar en ello, pero necesitamos comprender la ética que sustenta y autoproclama el “derecho” a lastimar y generar miedo.

Hablar de violencia implica nombrar el lugar donde ubicamos la desgarradura humana, el daño

al alma, al cuerpo, al territorio. El daño a la posibilidad de ser y hacer.

Los discursos vertidos por los poderosos en el último año, tanto en nuestro territorio como a nivel global, develan la intención de aniquilamiento de las resistencias y luchas de amplios movimientos sociales que van creciendo como respuesta a las dominaciones y el hartazgo frente a las injusticias que acompañan nuestra historia, que muchas veces hemos normalizado, y cuando irrumpen las acciones sociales retadoras e interpeladoras del sistema, (Movilizaciones contra pacto de corruptos; Caravana Migrante) sucede que se nombra como violenta la acción de denuncia, las resistencias, la defensa del territorio, la reapropiación de espacios, las empapeladas, las ofensivas por la memoria; las pintas en muros y “monumentos coloniales y a la dominación”; la colocación del homenaje permanente a las niñas en la Plaza.

Las élites económicas buscan, por ejemplo, que prevalezca la libertad de locomoción, frente a la libertad de manifestación. Las empresas nacionales y transnacionales hacen prevalecer la acumulación de capital para sus bolsillos, a lo que llaman “crecimiento económico”, frente al despojo territorial, la grotesca manipulación de los elementos de la naturaleza, el hambre, la persecución de las comunidades en resistencia y los crímenes contra liderazgos clave.

Ley y justicia no son lo mismo. Las leyes, desde la perspectiva liberal que prevalece en Guatemala, son el instrumento para legitimar las injusticias. La “democracia” como sistema político, así con minúscula y colocada como panacea, es por cierto, otro concepto que requiere revisitarse y superar los adoctrinamientos y dogmatismos políticos, tan útiles para que nada cambie de fondo.

Así las cosas, vale la pena preguntarse ¿qué haremos? ¿cómo avanzamos hacia la construcción de otra realidad que abarque nuestros sueños de justicia? Queda abierto el debate y la posibilidad articuladora de otras formas de interpretar nuestros contextos y nuestra historia. 8

Pacifismo, no violencia y/o quemarlo todo

Múltiples formas de lucha se nos plantean y en distintos planos, para acabar con la barbarie patriarcal, al tiempo que vamos construyendo esa comunidad soñada donde podamos sentirnos seguras, no sólo de no ser víctimas, sino de ser personas con derechos, con la capacidad de decidir cómo queremos ser y vivir.

Las feministas, al poner al descubierto el entramado de las opresiones, abrimos ventanas para la reconstrucción de nuestras vidas y las de otras personas. Esto no significa que volverte feminista te convierta en una persona libre de violencia; no, porque el sistema sigue operando sobre esa base. Lo que sucede es que los feminismos nos dan herramientas para entender el sistema y transformarlo.

Históricamente, el feminismo ha funcionado como un movimiento colectivo de largo aliento que sin disparar balas ni cometer asesinatos ni masacres, inclusive sin partidos, ha logrado penetrar en la conciencia humana y ha transformado las vidas de millones de personas.

Es cierto que feministas intrépidas han irrumpido espectacularmente en ámbitos públicos masculinos, para señalar cómo se las excluía. Desde las que rompieron obras de arte en museos, hasta las **Pussy Riots** que invadieron la iglesia, no ha habido más que daños al patrimonio patriarcal. Siempre hubo y aún hay -por fortuna- mujeres que se atreven a decir NO, a señalar a violadores, a gritarle sus verdades a políticos corruptos, y llevar frente a la justicia a militares genocidas. Los castigos de la justicia patriarcal en cambio, han sido implacables.

El feminismo no es una guerra convencional contra el patriarcado, es más bien, un movimiento que en distintos lugares y tiempos ha luchado por la justicia, por el bienestar, por la dignidad, cuyos

instrumentos y formas han sido y son las palabras, en ocasiones el silencio, las propuestas de cambio y formas de vida armónicas, así como las acciones necesarias para la defensa, la resistencia y el cuidado de la comunidad.

El pacifismo es un movimiento organizado, una actitud manifiesta contra las guerras y las violaciones a los derechos humanos: ha existido y se ha manifestado de diversas formas, y en esto las mujeres han dejado marcas en la historia. Un caso muy conocido, fue el de las mujeres de Greenham Common, en el Reino Unido, que hicieron un prolongado campamento frente a una base militar donde se instalaron misiles norteamericanos en los años ochenta.

Esto nos remite a las mujeres que en Guatemala le dieron vida a la resistencia de La Puya, que se oponía a la minera que, al implantarse por la fuerza en su territorio, les dejaría sin agua para ellas y sus familias. En este campamento se compartieron distintas formas de acompañamiento, de manifestación, de lucha no violenta que conllevó fuertes dosis de tensión, de voluntad, de esfuerzo y tenacidad por parte de las mujeres que se organizaron para defender su territorio. La Puya invocó la solidaridad y el apoyo de muchas personas y organizaciones. El círculo virtuoso que se echó a andar, logró, no sin dificultades, detener el avance de la minera que ponía en riesgo su futuro.

Prevención, defensa, sanación, no repetición

Hoy que la violencia contra las mujeres ha aumentado en cantidad y en crueldad, las mujeres sentimos el agravio como una cuestión personal y nos dan ganas de quemarlo todo, de matar a los criminales, de responder con sus mismas armas. La rabia nos impele

a salir del acomodamiento o de la rutina, nos hace arder en deseos de castigar a los asesinos, de aplicarles las mismas torturas.

Los criterios para elegir cómo responder a tanto acoso, a tanto dolor que nos provocan, tendrían que basarse en lo que hemos aprendido con el feminismo y de nuestras experiencias pasadas, en pensamientos y acciones que en vez de imitar lo que el patriarcado nos ha hecho, conduzcan a fortalecernos como colectivos donde la justicia sea la que guíe e ilumine nuestro camino hacia la emancipación. Es allí donde vale la pena recordar la necesidad de coherencia entre fines y medios, y tener presente el proyecto de sociedad que estamos construyendo.

La prevención ante los ataques cotidianos implica preparación, formación, recursos simbólicos y materiales, acompañamiento. La defensa también exige adquirir conocimientos, saberes y práctica. La sanación adecuada a nuestras necesidades es necesaria para todas, y la no repetición, una garantía inviolable. Esas son lecciones aprendidas.

Para las feministas, la paz sería posible allí donde existiera la equidad entre las personas, el respeto por todos los seres vivos, la distribución justa de los recursos para la vida. Ello implicaría el fin del patriarcado, entendido como el sistema de dominación que coloca a los hombres como colectivo en una posición jerárquicamente superior a la de las mujeres y todos los seres que habitan el planeta.

No se puede alcanzar el bien común si sólo es para unos, tampoco se puede vivir en paz, si la violencia es el mecanismo que utiliza el Estado para el control de la población, y mucho menos, si desde la niñez, las mujeres son sometidas a maltratos y explotación. Si el patriarcado es la antítesis de la Paz, es menester ponerle fin. 9

Un cuento ilustrado relata el incendio del Hogar Seguro desde la “ternura radical” de las 56 niñas



Asier Vera / Periodista

“**N**o nos daban papel higiénico, ni toallas sanitarias y para nuestro periodo menstrual teníamos que usar esponja de la colchoneta para no mancharnos”, denuncia una niña con el cuerpo mucho más pequeño que la cabeza y con los ojos saltones. A continuación, otra niña de iguales características relata cómo el 7 de marzo de 2017 “empezamos a hacer bochinche para poder distraer a los policías, nos saltamos la pared y empezamos a correr”. Sin embargo, una compañera cuya recuerda que “los policías nos alcanzaron y las autoridades decidieron castigarnos y meternos a un aula donde no cabíamos. Éramos 56 niñas con menos de un metro para cada una”.

Y así, estos dibujos, pintados a mano en tinta china, relatan los acontecimientos del 7 y 8 de marzo de 2017 que desencadenaron en un incendio en el Hogar Seguro Virgen de la Asunción de Guatemala en el que murieron 41 niñas y otras 15 resultaron gravemente heridas.

La ilustradora infantil y comunicadora social **Alejandra Ávila** ha dibujado y escrito el cuento “Los girasoles permanecen de pie” en el que da voz a las 56 víctimas del Hogar Seguro desde la “ternura radical” de las niñas y como un ejercicio de “memoria colectiva”, para que nunca se las olvide y sirva también para recordar que cuatro años después de la tragedia, sigue sin haber justicia.

El cuento ilustrado, que comienza con el nombre y apellidos de las 41 niñas que fallecieron en el incendio, va precisamente dirigido a niñas, niños y adolescentes de entre 13 y 17 años, coincidiendo con las edades de las víctimas. “Cuando uno está en la niñez, casi nunca lo toman en cuenta para hablar de temas sociales que están impactando y solo te cuentan una pincelada, por lo que este cuento busca involucrarles”, incide **Ávila**.

Durante un año y medio, entrevistó a madres de las víctimas, así como a periodistas y abogados que han seguido el caso, al tiempo que leyó artículos en la prensa para poder relatar de forma cronológica y en pocas páginas lo acontecido el 7 y 8 de marzo de

2017. En la primera parte, son las propias niñas las que revelan las vejaciones y violaciones que sufrían en el Hogar y cómo decidieron escapar de ese infierno, si bien a partir del fatídico incendio, sus voces se silencian y las niñas desaparecen de la ilustración para dar paso a un gran candado y a unas llamas negras que acabaron con la vida de 41 de ellas.

Desde ese momento, las ilustraciones infantiles desaparecen, porque “las niñas ya no pudieron contar todo lo que siguió después”, explica **Ávila**, quien señala que, tras el incendio que calló sus voces, “nos toca a nosotras seguir dando vida a su memoria y continuar luchando por la justicia”.

“Las autoridades gubernamentales e institucionales realizaron una conferencia de prensa en la que no aclararon la situación dada dentro del Hogar y no sabían quiénes estaban dentro ni cuántas”, recuerda textualmente el cuento en sus últimas páginas y ya sin dibujos.

En la contraportada, aparecen los rostros del expresidente de Guatemala **Jimmy Morales**, el exsecretario de la secretaría de Bienestar Social (SBS), **Carlos Rodas**, la exsubsecretaria de la SBS **Anahí Keller** y el exdirector del Hogar Virgen de la Asunción **Santos Torres**, los tres últimos sindicados en el Caso Hogar Seguro. Todos ellos tienen los ojos tapados con cruces como una forma de “tacharlos y de hacerles ver que no se ha cumplido con la justicia”, detalla la ilustradora, quien indica que “muchas veces escuchamos los nombres de quienes estuvieron involucrados, pero nunca reconocemos quiénes son físicamente y eso es muy importante”.

Las mamás permanecen de pie y luchando

El título del cuento también supone un homenaje a las madres de las niñas, quienes en una conferencia de prensa en 2020 portaban cada una de ellas un girasol: “ellas se identifican como la unión de los girasoles que siempre están buscando la luz y estas plantas se mueven

hacia el sol y cuando no hay, se buscan entre ellas para seguir teniendo esa fuerza”. Así, **Ávila** recalca que las mamás “permanecen de pie y siguen luchando para que se cumpla la justicia y la verdad”.

Ante un sistema que aún no ha dado justicia a las 15 niñas sobrevivientes y a las familias de las 41 fallecidas, **Ávila** destaca que colectivos y personas sigan pendientes del caso y no se olviden de él, teniendo en cuenta que “no se ve un avance, sino al contrario, va para atrás”, refiriéndose así a la excarcelación en diciembre de 2020 de **Anahí Keller** y **Santos Torres**, lo que “me deja en duda con el sistema legal”.

La autora del cuento lo ha podido publicar gracias a la colaboración de Mujeres Transformando el Mundo, y será totalmente gratuito, ya que “desde el principio, sí quedó claro que nunca iba a estar a la venta”. Detalla que se editó en dos formatos, de tal cuenta que el más grande está dirigido a instituciones y organizaciones que trabajan con niñez y adolescencia, mientras que el pequeño se repartirá por primera vez en la marcha del próximo 8 de marzo, coincidiendo con el cuarto aniversario de la tragedia que sigue impune.

Así, espera que ese día pueda entregar un ejemplar a alguna de las 15 niñas sobrevivientes para saber “qué piensan o si creen que faltó algo”, dado que “la historia sigue abierta y sería bueno seguir actualizándola conforme vayan pasando los hechos” del futuro juicio.

Ávila reconoce que no le da miedo la reacción que puedan tener las niñas, porque “no es amarillista como otros textos”, sino que, según insiste, se ha hecho desde la “ternura y una narración más humana”. Por esa razón, hay ilustraciones en las que se ve a las niñas felices y jugando, porque “tampoco podemos dejarlas enojadas y tristes todo el tiempo, sino que se debe reconocer que algunos días se lo pasaban bien entre ellas y sonreían”. No obstante, admite que el cuento puede ser un tema “muy duro” para ellas “y no sé de qué forma van a reaccionar, pero no creo que de manera negativa”.

LeyDEM:

La respuesta para una reactivación económica integral



Foto: Archivo FGER



Foto: Plataforma LeyDEM

laCuerda

De acuerdo con la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la llegada de la Covid-19 a Guatemala supuso más que una crisis sanitaria. La pandemia encontró un país roto, con altos índices de desigualdad social, económica y política que afectan principalmente a las mujeres, la niñez y a grupos indígenas. Agudizó condiciones preexistentes como, por ejemplo, la frágil seguridad alimentaria, sobre todo de las familias que ya subsistían por debajo del umbral de pobreza; profundizó las desigualdades de género por el aumento desproporcionado de desempleo y la carga de trabajo no remunerado y de cuidados, históricamente impuesto a las mujeres, entre otros.

La CEPAL estimó, en mayo de 2020, que a finales del año, el 21.8 por ciento de la población se encontraría en situación de extrema pobreza y el 59.9 por ciento en pobreza, sin embargo, las cifras estaban condicionadas por el cumplimiento de planes y políticas que el Estado debía implementar para garantizar el bienestar de todas las personas, empero los programas del gobierno no fueron del todo eficaces.¹

Como atenuante a este panorama, en Guatemala existe una luz al final del túnel: la Iniciativa 5452, Ley de Desarrollo Económico de las Mujeres (LeyDEM). Este proyecto de ley garantiza una reactivación económica integral y humana para toda la población, en donde se reconozcan los derechos de todas las mujeres otorgando los recursos necesarios para su desarrollo autónomo.

Según **Miriam Suyuc**, integrante de la Plataforma LeyDEM, la iniciativa tiene un discurso que se ajusta a la realidad que se está viviendo tras la crisis de salud mundial, aunado a las consecuencias de las tormentas Eta e Iota en el país. “Las mujeres en Guatemala somos mayoría y también somos quienes estamos en condiciones más desfavorables en cuanto a la economía. Lo que permite [la LeyDEM] es contar con los recursos específicos para que las mujeres puedan emprender o dar continuidad a proyectos propios, como la producción de alimentos. Es precisamente para que las mujeres puedan llevar el proceso de empoderamiento económico en beneficio de ellas y sus familias”, explica.

Por su lado, la diputada **Sonia Gutiérrez** señala que este proyecto de ley contribuirá a reducir los índices de pobreza “mientras más mujeres pueden aportar a la productividad de sus comunidades a través de créditos, capacitaciones y asistencia técnica, fortaleciendo la economía local”.

Ferviente oposición

Gutiérrez advierte que pese al impacto positivo que pueda tener la aprobación de la Ley de Desarrollo Económico de las Mujeres, el conservadurismo y la extrema derecha que imperan en el Congreso de la República entorpecen la evolución de iniciativas de ley que pretenden dotar de herramientas a las mujeres.

Mientras tanto, **Mishel García**, consultora del Centro de Investigación, Capacitación y Apoyo a la Mujer (CICAM) y a su vez parte de la Plataforma LeyDEM, considera que la resistencia frente a estos temas radica “en el sistema patriarcal y machista”. También reitera que la libertad económica de las mujeres consolida bienestar para todas las personas. **García** añade que en 2020 se intentó agendar la iniciativa 5452 en tres oportunidades, pero en ninguna se alcanzó su primera lectura porque “hay varios diputados que están en contra de temas de género, además otros que no se informan”.


Suyuc, por otro lado, sostiene que el principal obstáculo para la aprobación de esta iniciativa es el modelo económico vigente, que funciona únicamente para concentrar el capital y así enriquecer aún más a pequeños sectores de la población. “El Congreso tiene una fuerza desde la derecha y sí, es una limitante, sin embargo, nos sentimos optimistas y creemos que esta propuesta de ley no choca necesariamente con esas ideas radicales. La iniciativa es una apuesta que está planteada para fortalecer los compromisos del Estado con los derechos de todas”, dice.

Ahora, tras los cambios en el organismo legislativo, la Plataforma deberá entretejer nuevos lazos con quienes integren la Comisión de la Mujer, que por cierto es presidida por Victoria, una bancada sin representación de mujeres; también reunirse con la nueva Junta del Foro Parlamentario de la Mujer y trabajar conjuntamente con actores que orienten sus esfuerzos en el desarrollo económico basado en equidad y condiciones dignas para todas las personas.

“Seguimos organizadas”

Pese a que durante el año pasado no se lograron los avances esperados, las mujeres que conforman la Plataforma LeyDEM continúan organizadas y gestionando las acciones necesarias para seguir socializando la iniciativa de ley con mujeres diversas en múltiples regiones del país, y con las bancadas que aún no han dado su voto de confianza para que el proyecto pase a primera lectura.

En tanto, **Gutiérrez**, diputada de Winaq, espera en este 2021 poder legislar orientada a la reactivación económica, pero “no desde la economía tradicional, sino con una visión integral y enfocada en aquellas personas vulneradas”. Concluye, además, que quienes han mostrado interés en la iniciativa, seguirán insistiendo en su aprobación.

García reconoce igualmente los esfuerzos de las más de 80 organizaciones que conforman la Plataforma LeyDEM y sobre todo a las mujeres que impulsan la iniciativa mientras participan en otras actividades económicas. “En la plataforma hay mujeres pescadoras, tejedoras, agriculturas y toda una gran diversidad aglomerada y pensando en el desarrollo integral de la economía”, precisa. La entrevistada también invita a otras mujeres para que se sumen a este “espacio legítimo y abierto a la participación” para lograr reducir las brechas de desigualdad y encontrar el camino para el Buen Vivir colectivo. 

1. Nota: <https://lacuerda.gt/2020/11/23/que-paso-con-el-bono-familia/>

Poesía de la emancipación

Anabella Acevedo /

Cuando pensamos en la “emancipación” algunos términos que se nos vienen a la mente son “independencia, liberación, autonomía, soberanía”. Y cuando examinamos los contrarios, palabras como “dependencia, esclavitud, servidumbre” son las que resuenan, lastiman y enojan; las relacionamos con un pasado histórico y a menudo las relegamos a espacios políticos y del derecho, pero la autonomía tiene implicaciones importantes a nivel existencial, en donde se convierte en un imperativo.

Sabemos que la emancipación se refiere a las acciones que como personas nos permiten acceder a un estado de libertad en relación con alguna autoridad, como sucedió con la emancipación de las colonias al momento de acceder a su independencia, o cuando un país, nación o territorio rompe sus vínculos de dependencia política y administrativa frente a otro Estado, con el objeto de conseguir la autonomía para gobernarse y administrarse. En el derecho contemporáneo, el término se usa en el sentido de atribución a un menor de edad por parte de sus padres o tutores la totalidad, que normalmente llega con la mayoría de edad, pero para muchas –especialmente las mujeres o los y las sujetas consideradas como “subalternas”- la mayoría de edad es una conquista.

Sin embargo, hay otras experiencias de la emancipación y por ende de la colonialidad- que deberían preocuparnos más, algunas de ellas manifestadas de maneras apenas perceptibles, en pequeños y cotidianos actos de esclavitud, que nos cuesta reconocer, pero que nos mantienen en cárceles intangibles. En los últimos años se ha reflexionado mucho acerca de la colonialidad del poder, de la colonialidad del saber, pero son los procesos de descolonialidad del ser en los que deberíamos colocar gran parte de nuestra reflexión.

En el caso de las mujeres esto ha supuesto grandes y largas luchas que iniciaron con los movimientos sufragistas pero que han ido avanzando a otros terrenos: la conquista del cuerpo, del poder de decisión, de la voz, han sido y siguen siendo búsquedas de una autonomía fundamental para una vida digna, plena y feliz. En la poesía guatemalteca la experiencia de la emancipación ha sido clara y contundente, y han sido voces como las de **Pepita García Granados, Luz Méndez de la Vega, Ana María Rodas, Margarita Carrera, Aída Toledo** y tantas otras las que han abierto el camino, recorrido cada vez con más determinación y valentía, y que han usado la escritura como un ejercicio de liberación y búsqueda. La muestra que se presenta en este espacio es breve en extensión, pero potente en su poder.

Certeza

Escribo abortando el miedo
fecundando la esperanza
desde este cuerpo de mujer.
Escribo
trascendiendo el desarraigo y la violencia.
Escribo
vestida de alegría y rebeldía
desde el deseo de ser
quien quiero ser.

(Dorotea Gómez Grijalva)

Historia

Me equivoqué sobre esta historia,
nuestra historia.

No es para tus ojos,
aunque esté llena de ti.

Pasé noches escribiéndola,
sudándola
temblándola
muriéndome en ella,
negándole
y negándome.

Pasé noches
muy sola y muy lejos,
muy joven,
con mis amigos los libros,
mi maestra la tele,
mi castigo el tiempo,
porque así lo quisieron.

Porque cuando pedí la boya,
me recluyeron a la esquina del estanque,
donde me hundí
en mi ardiente deseo
por odiarte.

Tú eras la roca
que me amarraba ahí,
debajo del agua.

Pero soy necia,
como mis indomables greñas,
como mi apellido,
como la ignorada sabiduría de mis abuelas,
y renuncio a morir una vez más,
eso te compete a ti.

Por eso te mato
en esta historia.

Por eso muere el inocente,
el altruista,
el misericordioso y devoto,
el amante de los indeseables,
defensor de la caridad,
rey de la verdad.

Muere el callado,
el sufrido,
el traicionado,
el ofendido,
el incriminado,
el perdonado.

Nace el violador,
nace Francis.

Me equivoqué sobre esta historia,
mi historia.

(Zayda Noriega, 2020)

Las desobedientes

Vieron siempre de frente
no pusieron la otra mejilla
transgredieron cada mandato
-sobre todo patriarcal-
Hablaron cuando las mandaron a callar
Escribieron, como Olympia De Gouges,
a pesar de la represión paternal
Comieron siempre del fruto prohibido
idearon su propio lenguaje
amaron y des-amaron
tuvieron hijos
porque así lo decidieron
realizaron descubrimientos
para facilitar la vida a la humanidad
desde articular la palabra
al baño María
desde la agricultura
al cálculo matemático
para ir al espacio sideral

Inventaron canciones de cuna
los abrazos amorosos
la sopa caliente
la hora de la merienda
las galletitas de sabores
el chocolate humeante
el pan remojado en el café
el dulce de leche
la hora del cuento
Miles de detalles
sin los cuales nadie tendría felicidad

Las desobedientes
son todas las ancestras
cuyos nombres apenas se están develando
filósofas, escritas, astrónomas, matemáticas
músicas, pintoras, escultoras, artistas
sanadoras, parteras, y miles de oficios más
pero también cada cuidadora y nutricia
que desafió el dictado de los padres
que la letra “con sangre entra”
que los niños no lloran
que está bien maltratar

En esta historia del mundo patriarcal
por cada desobediente
hay cien que siguen al pie de la letra
la orden, el deseo de alguien más
que reprime sus propios deseos
y que alimenta con su silencio
o complicidad
este sistema de iniquidad

(Ana Silvia Monzón, 2019)

Saber qué hacer

Mi clítoris y yo
Ya sabemos qué hacer
No la toques
No la frotes
Si no sabes
Complacer
A dos mujeres a la vez

(Ana Grace Alfaro)

Las mujeres

y el bicentenario: ¿conmemoramos, celebramos, reflexionamos?

Ana Silvia Monzón / Socióloga feminista

A las puertas del bicentenario de un hecho que marcó la vida de los habitantes de las provincias que constituían el Reino de Guatemala, es válido preguntarnos si esto es motivo de celebración, de conmemoración, de rechazo o de una profunda reflexión, porque, guardando las distancias, aún permanece el sustrato cultural, social, político y económico del ominoso sistema colonial que pretende seguir manteniendo un entramado de poder caracterizado por desigualdad, opresión, marginación, racismo, machismo y despojo, particularmente de los pueblos originarios, así como de la mayoría de las mujeres.

Hace más de dos siglos, la vida en este territorio transcurría entre el ideal de la patria del criollo, las fincas encomenderas, una iglesia opresora, un rígido sistema de castas, y un entramado de poderes cuyo centro político era una Corona en decadencia; y su centro económico, la explotación de los pueblos indígenas, mujeres y hombres sobre quienes pesaba el mandato del trabajo forzado, y de los infames tributos, sumado a un férreo control de sus cuerpos y sus vidas.

Era un momento de grandes cambios, pero también de contradicciones políticas, sociales y económicas, a nivel mundial. Mientras Inglaterra y otros países europeos presumían de ser muy civilizados, continuaban con el infame negocio esclavista, y el de la piratería, para llenar sus arcas privadas y reales. Se aceleraba la revolución industrial y emergían las fábricas, que requerían mano de obra disciplinada. Proletarios y ciudadanos para apuntalar el régimen de una democracia más formal que real. El feudalismo estaba en su ocaso, mientras el capitalismo se imponía de manera brutal, en detrimento de los pueblos sometidos al coloniaje, de millones de seres esclavizados, y de las mujeres, como revela **Silvia Federici** en su libro *Calibán y la bruja*.

Resonaban los ecos de dos hitos en el siglo XVIII, en aras de construir la república como régimen político: la independencia de Estados Unidos del poder británico, en 1776, y la Revolución Francesa en 1789. Ambos con un alto costo de vidas. Las consignas de libertad, igualdad y fraternidad, pacto patriarcal excluyente de las mujeres, y racial excluyente de “negros e indígenas”, llegaron por diversas vías a este lado del mundo, aunque sólo se comentaban en voz baja en ciertos círculos, criollos y liberales, donde eventualmente participaron mujeres, como **María Josefa García Granados**, de familia aristocrática y escritora de sátira política, algo poco usual en la época; y **Dolores Bedoya**, quien sustentaba ideas ilustradas, vinculada a la política por medio de sus hermanos, esposo e hijos. La historia asignó a **Dolores** un papel, si bien no protagonista, en la narrativa del acto de Independencia del 15 de septiembre de 1821.

La historia oficial la presenta como una gesta gloriosa, fue más bien un hecho incruento con un trasfondo económico, fraguado por las élites, aunque políticamente importante para la emergente burguesía de la región, encabezada por una red de familias que, desde la noche del tiempo colonial y aún en pleno siglo XXI, ha pretendido mantener su linaje, basado en el racismo

y en la negación de la calidad de sujetos sociales, históricos y políticos de indígenas, afrodescendientes y de las mujeres.

Para ejercer ese poder se ha valido del Estado, de las leyes e instituciones, y ha impuesto un discurso que oculta sistemáticamente el papel y los aportes de otras actrices y actores en la dinámica de esta sociedad. Ha invisibilizado, por ejemplo, la resistencia tenaz de los pueblos indígenas, que paulatinamente se va develando, como apunta **Severo Martínez** (2011) en el libro *Motines de indios*, y la investigadora **Aura Cúmes** en su texto *Mujeres mayas, de ayer, de hoy y de siempre* (2018).

Siempre hubo mujeres

Entre otras mujeres destaca **Felipa Soc**, esposa del líder **Atanasio Tzul** a quien acompañó en la lucha contra el pago de tributos en 1820, o **Francisca Ixcaptá** quien, en 1814, le arrebató la vara de la justicia a un alguacil español y por eso fue severamente castigada. Ellas, y muchas mujeres indígenas más protagonizaron actos de rebeldía como **María Típas** o **Micaela Pérez**, en el siglo XVIII, desafiaron ese orden infausto y pagaron por esa osadía.

En este devenir también es innegable el mestizaje, que se enfoca en la construcción de lo ladino, obviando otras mixturas que imprimen una mayor complejidad identitaria a esta sociedad que, a dos siglos de distancia, continúa sin reconocerse, sin superar el racismo estructural y la sujeción económica que perpetúan la violencia sexual, física, económica, simbólica, epistémica e institucional, como una constante en esta historia.

En el período postindependentista si bien se observaron cambios, estos fueron imperceptibles, prevalecieron “las circunstancias sociales colonizantes... donde el criollo y aún el mestizo continuaron como explotadores (...) de las grandes masas indígenas, y donde el hombre es el eje en torno al que gira ese sistema económico-social que impuso el patrón de una cultura dominadora -copia intensificada de todos los patriarcados de la tierra-, los indígenas y la mujer quedaron sojuzgados por aquel predominio y al margen casi absoluto de sus privilegios, sobre todo en lo concerniente a la educación”, como dijo la escritora **Luz Méndez De la Vega**.¹

Dos siglos después, se observan hilos de continuidad que, no sin tensión y resistencia, buscan mantener un entramado de poder que cosifica los cuerpos de las mujeres, sobre todo indígenas, ladinas pobres y afrodescendientes, que les niegan derechos, que las excluyen de la política y del ámbito público, que descalifican su palabra y desautorizan sus aportes. Que pretenden, en virtud de leyes oprobiosas y de una religión cristiana, menos católica pero igualmente conservadora, que ellas permanezcan sujetas a sus parejas, soportando vejámenes que en ocasiones las llevan a la muerte, como si el tiempo se hubiera detenido.

A la luz de esta situación ¿conmemoramos? ¿celebramos? Una fecha vacía de contenido libertario, que hasta ahora solo tiene sentido para las élites ¿o nos decidimos por hacer una lectura crítica que permita tejer otro futuro?

1. Luz Méndez De la Vega, *Poetisas desmitificadoras guatemaltecas*. Tipografía Nacional. 1984.

Ilustración: Mercedes Cabrera

Lo que hemos venido haciendo ante las crisis climáticas

Con experiencias vividas sobre el cuerpo de los territorios, hay datos duros que muestran esta emergencia climática que afecta más a unos países que a otros, distintas fuentes señalan que Puerto Rico, Honduras y Birmania son los tres países con más vulnerabilidad ambiental en el mundo. De primera mano conocemos cómo el mar se ha salido y se lleva las casas en comunidades que siempre han vivido en sus orillas; muchos ríos que desaparecen aceleradamente; kilómetros de bosques nativos que de un día al otro se convierten en biomasa, madera exportable; arenas de quebradas que por camiones van a las urbes donde el cemento acelera el calor; entrañas de la tierra que se llevan en barcos a sitios alejados de las comunidades que se quedan con la escasez y el despojo.

Melissa Cardoza / Feminista

No está de más decir que los responsables de esta crisis son unos pocos y poderosos seres humanos que podrían irse de excursión en un par de busitos eléctricos, ya que muchos de ellos se consideran ecologistas, hacen filantropía y regalan becas para que los cerebros más frescos luego trabajen para ellos, cambiando dólares por discursos que sean capaces de negar sus actos destructores.

La perversión del capitalismo y del patriarcado que es tal vez su padre, hijo y espíritu con la idea central de que todo está al servicio del mercado, en torno al ser humano, para el confort de unos tantos, y con beneficios de increíbles proporciones, promueve tantas ilusiones ante la crisis del clima que hay millones de personas, especialmente en el norte global, que consideran que lo que se anuncia como desastre ecológico es invento, exageración y no llegará a sus limpias, secas y mullidas alfombras.

Pero eso no pasa en esta cintura cósmica de la América Central, donde pasamos de suplicar por lluvia, a temerle de una manera desmesurada. Donde los mínimos se han vuelto inexistentes y la pérdida es tanta que Honduras encabeza las caravanas de migrantes que ponen el cuerpo ante la violencia de los Estados regionales, porque ya no tienen más. Las últimas tormentas que asolaron este país lo ejemplifican, la caravana de este enero lo ilustra dolorosamente.

Tampoco está demás hablar de empresas como Exxon, Chevron, Royal Dutch Shell, PetroChina, Iraq National Oil Co., más algunas latinoamericanas como Pemex y Petrobrass¹ para no olvidar quiénes y qué han hecho ante la agonía de tantas formas de vida, únicas y valiosas.

Pueblos y filosofías diversas han dicho mucho sobre la crisis de civilización que se detona en los bienes de la naturaleza y las dinámicas sociales. En Honduras, al menos lo han hecho dos mujeres pensadoras indispensables, **Berta Cáceres** y **Miriam Miranda**. “Despertemos”, impugnó **Berta**, “ya no hay tiempo”. Y **Miriam**, con su pueblo garífuna que lucha a diario contra su desaparición, ha insistido que esta forma de vida basada en el consumo sólo traerá más deterioro a una naturaleza que parece estar siendo domada por el gran capital internacional. Al igual que su compañera de luchas lo hace con urgencia, “ya no hay tiempo para discursos: debemos buscar la forma de proteger nuestra casa común, es el único planeta que tenemos”.²

¿Qué hace la gente?

Muchas cosas. Ante la desgracia hecha noticia, se ampara y se protege, en comunidades como Santa Rosa de Aguán en el norte de Honduras, se construyó en la punta de un cerro un albergue suficientemente grande para que al empeorar las aguas del cielo y el mar, nadie tenga que morir ni pasar hambre ni frío, mientras vuelven a su cauce. Ahí mismo se han recuperado dunas, arbustos y vegetación que contiene el paso del agua de mar, árboles que protegen a la comunidad de diversas maneras.

En todo el país, quienes cuidan de las fuentes de agua procuran que no se devasten los cerros y que la gente no tire suciedad en los propios abrevaderos, se organizan para repartir el líquido y hacer posible que las personas, los animales y las plantas no mueran de sed, los patronatos del agua son una organización de mucho tiempo y arraigo en cientos de comunidades.

Campesinas y campesinos, pueblos indígenas atesoran la semilla nativa para que no haya escasez, se le opone al transgénico aunque éste avanza. Los granos se almacenan con tecnologías antiguas para evitar la hambruna, pues con tortilla y frijol se pasan las crisis. Y por mucho que cuesta resistir, se trata de detener el avance de la harina de maíz industrializada, aún cuando en los tiempos de las crisis, esas son las que reparten los gobiernos y las propias organizaciones. Las luchas por el maíz criollo tienen larga data en las contiendas jurídicas, ideológicas y hasta nutricionales en toda Abya Yala, al igual que otros cereales y granos que han alimentado a la gente durante siglos.

Finalmente, la lucha por la defensa del territorio que se despliega en toda la región, es la que sostiene una perspectiva de oposición al modelo que causa la crisis climática, reiterar lo que siempre se ha hecho, cuidar la comida, el agua, la tierra y los animalitos; proteger los bosques, usar recursos de la tierra pero devolverlos, entender la ciclicidad de la vida y su sabiduría en las medicinas y los entendimientos. Sería iluso decir que todas las personas por ser campesinas o rurales, comunitarias o indígenas tienen estas ideas y acuerpan las luchas, pero las que sí lo hacen, sostienen la alternativa a la destrucción humana.

1. <https://bit.ly/3qx9TGw>

2. <https://bit.ly/3s1mzpk>

Poder Constituyente de Mujeres, Pueblos y Juventudes

Abya Yala

Sandra Morán / Feminista, activista, defensora de derechos humanos y diputada 2016-2020

En América Latina hay experiencias concretas de procesos de transformación en las constituciones de los países. Tenemos a Bolivia que transforma un Estado racista y excluyente en un Estado Plurinacional; a Ecuador, que organiza el Sumak Kawsay como sistema de vida con un Estado Plurinacional que reconoce los Derechos de la Naturaleza; la Ciudad de México, con la incorporación de los derechos de las mujeres y de la diversidad sexual.

Por supuesto, estos avances constitucionales no han implicado que la realidad de esos países se haya transformado totalmente, pero siendo la Constitución la ley que organiza la vida de la ciudadanía y de las instituciones, este es un paso importante que guiará esa transformación. En estos procesos constituyentes, las y los actores sociales y políticos fueron los Pueblos Originarios, las mujeres, las juventudes, las diversidades sexuales en alianza con partidos políticos o con partidos políticos propios, que disputaron la correlación de fuerzas con las agrupaciones conservadoras que siempre han tenido el control de los países en alianza geopolítica.

América Latina en procesos constituyentes

Actualmente estamos conociendo procesos constituyentes populares como los de Chile, Perú y el nuestro, Guatemala. Todos son resultado de muchos años de luchas, de análisis, de hartazgos y de llegar al momento de la conciencia de que se necesita un nuevo pacto social y político que transforme el sistema. Somos países con constituciones elaboradas en tiempos de dictaduras militares, que expresan las políticas impulsadas por el neoliberalismo en nuestros países. Pero también todas las constituciones son producto de la correlación de fuerzas entre los sectores organizados, y de negociaciones políticas entre las y los constituyentes.

Entonces, el acumulado de demandas, de luchas, de organización ahora se expresa en esas movilizaciones multitudinarias que no solo están luchando por la resolución de los problemas concretos, ser escuchados por las autoridades de turno, sino también por cambiar el sistema y reorganizar los Estados.

Experiencias del Sur

Las chilenas hablan de que no fueron los 30 pesos del aumento al pasaje de transporte, sino los 30 años de dictadura y de gobiernos democráticos que mantuvieron las políticas neoliberales que privatizaron el agua, la educación, la salud y todo lo necesario para la vida. Ese Chile mostrado como un ejemplo ante el mundo de los empresarios, es el Chile que los Mapuches, las feministas, las y los trabajadores, las personas de los barrios y el estudiantado luchan por cambiar.

En noviembre de 2019, los partidos políticos, sin los liderazgos sociales, se adelantaron a hacer acuerdos de "paz" con el gobierno y acordaron la consulta. El pueblo chileno votó SI en la consulta popular y van a la convención constitucional paritaria.

¿Quiénes participarán?

La respuesta a esa pregunta está en el seno de todos los movimientos, incluyendo

el movimiento feminista, donde algunas participaran y otras no. En la actualidad hay un proceso de discusión en asambleas barriales y comunitarias sobre el contenido que se propondrá a la convención. El reto es gigantesco, ¿alcanzarán acuerdos en cada movimiento, entre los movimientos y los partidos?, ¿lograrán las fuerzas progresistas tener mayoría de votos en la constituyente o la correlación de fuerzas será una nueva oportunidad para la derecha, las iglesias, los militares para mantener sus intereses renovados?, está por verse este 2021.

En Perú los movimientos están proponiendo desde ya un gran acuerdo entre las fuerzas sociales y políticas para lograr un movimiento constituyente popular, plurinacional, antipatriarcal y en defensa de la Madre Tierra. Las feministas son actoras políticas al igual que los Pueblos Originarios, trabajadores, profesionales, estudiantes y juventud. El movimiento comienza después de que lograron cambiar tres presidentes en una semana con un Congreso corrupto en el que el fujimorismo aún tenía un poder muy grande. En Perú como en Guatemala, las crisis políticas están presentes a partir de la corrupción, la impunidad, el saqueo y despojo de la naturaleza a través de los megaproyectos. Por esa razón, luego de que el movimiento saliera a la calle a demandar autoridades que resolvieran los problemas estructurales y lograr finalmente un gobierno de centro, la demanda es salir del fujimorismo totalmente y comenzar de nuevo con una Constitución que represente los intereses de la mayoría de la población.

Este proceso está en su fase inicial, pero al igual que Chile, las asambleas comunitarias, las discusiones locales y sectoriales están en marcha, así como las demandas hacia los partidos políticos para lograr ese acuerdo político base. Las feministas en distintas partes del país están encontrándose, discutiendo para decidir si se presentan como precandidatas o confían en que las y los constituyentes cumplirán los acuerdos de llevar los contenidos propuestos por ellas para el reconocimiento de sus derechos individuales y colectivos como mujeres en la diversidad entre otras demandas.

Así en Guatemala, teniendo ya tres propuestas de organizaciones de Pueblos Originarios y campesinos, la de las autoridades ancestrales de construir una ruta para el movimiento constitucional, y la propuesta y constitución del movimiento de mujeres con poder constituyente, la demanda ya se hizo pública con más fuerza y el proceso de construir el movimiento, la propuesta, los acuerdos entre las organizaciones, movimiento y partidos políticos están en su fase inicial.

Sumado a ese recorrido entre fuerzas organizadas está el reto más grande: que la ciudadanía participe y que con su voto concreto, no solo la aceptación de una nueva constitución en caso de una consulta popular, sino sobre todo, vote a favor de las personas que representarán los intereses de las mayorías y las aspiraciones para generar un Estado Plurinacional, con un sistema económico que privilegie la vida sobre la ganancia, y una organización social y política que genere familias, comunidades y redes de cuidado que reorganicen el cuidado de la vida, relaciones respetuosas entre las personas y en armonía con la naturaleza.

Ni la pandemia calló las voces de las mujeres en resistencia

María Jossé España / Fotoperiodista feminista

El pasado 2020 se vio marcado por la pandemia de la Covid-19; sin embargo, eso no detuvo a las mujeres de exigir sus derechos y justicia para las víctimas de violencia y femicidios en Guatemala. El año inició con diversas manifestaciones por parte del movimiento feminista en el país. Fue hasta marzo que el gobierno de Guatemala reportó el primer caso de Covid-19 en el territorio nacional, causando el cierre total del país.

No obstante, al momento de retomar las actividades, los casos de desapariciones de niñas, adolescentes y mujeres han ido en aumento, así también las denuncias de distintos tipos de violencia contra la mujer.

Según el Observatorio de la Mujer del Ministerio Público (MP), en 2020 se registraron 51 mil 854 mujeres víctimas de violencia física, económica y psicológica. Solo fueron condenados 690 agresores a 5 años de prisión en promedio.

De cada 10 denuncias que recibió la institución por tales delitos, 5 ingresaron por juzgados, 2 de forma directa, y 2 a través de la Policía Nacional Civil. Además, 8 de cada 10 denuncias corresponden a mujeres, y 1 de niñas y adolescentes. Además, se registraron 388 víctimas de femicidio, de las cuales se hizo justicia para 47, y 98 agresores fueron condenados.

De acuerdo con datos del MP, fueron activadas 1,563 alertas Isabel-Claudina por mujeres desaparecidas, de las cuales 301 siguen activas. En promedio desaparecen 5 mujeres diariamente en el territorio nacional.

A pesar del panorama desalentador, diversas organizaciones de mujeres continúan articulándose para la defensa de los derechos humanos y el acompañamiento a las víctimas.



1. Mujeres con vendas negras realizan la performance “Un violador en tu camino” en la Plaza de las Niñas. (12 de enero de 2020).

2. Cientos de mujeres recorrieron la zona 1 de la ciudad de Guatemala el Día Internacional de las Mujeres para manifestar su rechazo hacia la violencia contra las mujeres y los femicidios. (8 de marzo de 2020).

3. Varias mujeres asistieron al Altar de las Niñas del Hogar Virgen de la Asunción para manifestar su repudio hacia la violencia contra las mujeres, luego de la desaparición y muerte de **Litzy Cordón Guardado**.

4. Con mascarilla y gafas protectoras, una mujer expresa su preocupación por el incremento de embarazos en niñas y adolescentes en Guatemala. (26 de septiembre de 2020).